



Rodrigo Barraza Urbano: *Espejos de barro*.  
Cultilibro, 2025, 72 pp.

*Espejos de barro* es un libro de relatos que se instala con firmeza en una zona de confluencia entre lo mítico, lo fantástico, lo social y lo metaliterario. Desde el título, la obra propone una poética de la fractura: el “espejo” como símbolo del reflejo identitario y el “barro” como materia primigenia, frágil y corruptible. Esta tensión atraviesa todo el volumen y se manifiesta en personajes que, al mirarse —o ser mirados—, descubren no una imagen idealizada, sino una versión degradada, violenta o trágicamente humana de sí mismos.

Uno de los mayores logros del libro radica en su capacidad para reelaborar el imaginario

popular andino y urbano sin caer en el costumbrismo complaciente. Relatos como “Las manos del Padre” o “El aliento de la venganza” resignifican figuras religiosas y míticas —Cristo, el Muki— desde una mirada crítica que desnuda el fanatismo, la culpa colectiva y la violencia simbólica que se ejerce en nombre de la fe o de la tradición. Aquí, lo sagrado no redime: se quiebra, se multiplica, se corrompe, y termina siendo un espejo incómodo de la condición humana.

Concretamente, en “Las manos del Padre”, la imagen religiosa no es un símbolo de consuelo sino de mercado, de traición, de saqueo. El Cristo es robado, vendido, quemado, pero también es deseado, llorado, buscado. La religiosidad popular no es idealizada; es mostrada en su crudeza, en su mezcla de fe y negocio, de devoción y fanatismo. El cuento funciona como una parábola invertida: no hay redención, solo ausencia. Y en esa ausencia, el vacío que deja lo sagrado es ocupado por la violencia, el rumor, la venganza.

Ahora bien, en “El aliento de la venganza”, el muki —figura de la tradición oral de las minas— no es un ser mágico, sino una víctima convertida en verdugo. La venganza no es justicia: es ciclo, es herencia, es muerte que se repite. De este modo, el cuento funciona como una metáfora de la explotación minera, pero también de la explotación humana, de la forma en que

el oprimido puede convertirse en opresor sin siquiera darse cuenta.

En relatos como “El ladrón de perros”, la narrativa adquiere un cariz abiertamente perturbador. Barraza construye una alegoría feroz sobre el falso altruismo, la obsesión y la degradación moral en contextos urbanos contemporáneos. La progresión narrativa, sostenida por una prosa intensa y sensorial, conduce al lector hacia un desenlace que no busca el impacto fácil, sino una reflexión amarga sobre los límites éticos del “bien” cuando este se convierte en espectáculo o neurosis. En este sentido, el libro dialoga con una tradición latinoamericana de lo grotesco y lo siniestro, cercana a autores como José Donoso o Amparo Dávila.

Asimismo, en “El ladrón de perros”, la violencia ya no es simbólica: es literal, es digestiva. El protagonista, Jacobo, es devorado por los mismos perros que intentaba salvar. La caridad se convierte en condena. El cuento es una crítica feroz al altruismo urbano, a la solidaridad performativa, al activismo sin cuerpo. Barraza no se limita a mostrar la miseria; la hace respirar, la hace oler, la hace doler. El lector no puede ser espectador: está dentro, está implicado.

Otro eje destacable es el homenaje metaliterario que el autor rinde a figuras centrales de la literatura universal y latinoamericana. Relatos como “El sueño de un poeta” y “Viaje a la ciu-

dad de los espejos” recrean, desde la ficción, los tránsitos finales de César Vallejo y Gabriel García Márquez. Lejos de ser ejercicios imitativos, estos textos funcionan como reescrituras simbólicas donde la muerte se convierte en consagración literaria y la memoria en un espacio de continuidad creativa. El autor demuestra aquí una sólida cultura literaria y una sensibilidad capaz de dialogar con sus referentes sin quedar subsumido por ellos.

Por otra parte, uno de los temas más poderosos del libro es el fracaso. No el fracaso como tragedia romántica, sino como forma de vida. En “El hombre sin suerte”, Fortunio no es desgraciado por el destino: es desgraciado porque su suerte es la desgracia de los demás. Su vida está construida sobre la ruina de los otros, y cuando intenta escapar, la ruina lo devora. El cuento es una crítica brutal al individualismo, al “yo merezco”, al éxito como forma de violencia.

En “El tren de la fama”, la ambición es literalmente una máquina que despedaza. Magnus, el músico frustrado, no quiere ser artista: quiere ser ídolo. Y en esa búsqueda, pierde su humanidad. El cuento es una sátira del mundo del espectáculo, pero también una reflexión sobre la identidad como performance, sobre la forma en que el deseo de ser “alguien” puede convertirse en una forma de suicidio.

Desde el punto de vista estilístico, *Espejos de barro* se caracteriza por una prosa cargada de imágenes, de ritmo intenso y de una oralidad cuidadosamente trabajada, que reproduce registros populares, religiosos y marginales con notable verosimilitud. No obstante, en algunos pasajes esta densidad expresiva roza la saturación, lo que puede exigir un lector atento y dispuesto a internarse en atmósferas opresivas y, a veces, deliberadamente excesivas. Sin embargo, esta misma intensidad constituye una de las señas de identidad del libro y refuerza su coherencia estética.

En definitiva, *Espejos de barro* es un libro ambicioso y sólido, que apuesta por una literatura incómoda, simbólica y crítica, capaz de interpelar tanto a la tradición como a la realidad contemporánea. Rodrigo Barraza Urbano se consolida aquí como un narrador que no teme explorar las zonas oscuras del ser humano ni confrontar los mitos —religiosos, sociales o literarios— que sostienen nuestras certezas. El lector que se acerque a estas páginas no hallará consuelo fácil, sino un conjunto de relatos que, como espejos de barro, devuelven una imagen quebrada pero profundamente reveladora de nuestra condición humana y, a veces, animal.

*Noelia Javier Heredia*